

## CUBA DE LA ISLA ESTRATÉGICA AL PROTECTORADO Y LA NEOCOLONIA\*

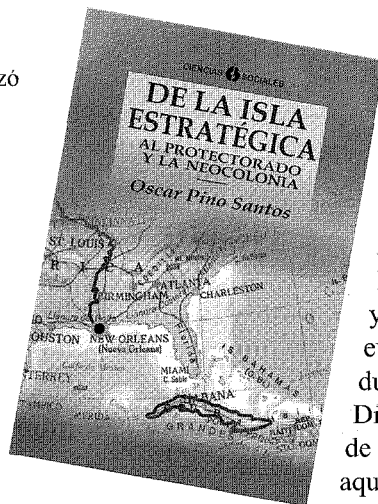
### Óscar Pino Santos

Oscar Pino Santos (1928-2003) realizó muy diversas actividades. Empezó como periodista en La Habana de los años cincuenta, cuando escribió numerosos artículos en el periódico *Hoy* y en la revista *Carteles*. Se familiarizó con la economía y la historia y logró destacar en ambas disciplinas. Al triunfo de la Revolución Cubana se le nombró embajador de su país en China, puesto que desempeñó durante seis o siete años, y posteriormente viajó con frecuencia y participó en múltiples reuniones internacionales. A él se debe la creación del Centro de Estudios sobre América (CEA) y del Centro de Investigaciones de la Economía Mundial (CIEM), que dirigió varios años; fue, además, uno de los principales organizadores y presidente de la Asociación de Economistas del Tercer Mundo. Como martiano, fue asimismo un consecuente latinoamericanista, convencido de que nuestros pueblos tendrán que unirse y conjugar esfuerzos para conquistar su plena liberación.

En los últimos años de su vida publicó, entre otros libros, *Complot*, en el que da cuenta de los intentos criminales de asesinar al comandante Fidel Castro; *JFK ¿Quién lo mató?*; y *En tiempos de Fidel, el Che y Mao*. En 2002 se le otorgó el Premio Nacional de Ciencias Sociales, distinción muy merecida porque, debido a su formación marxista y a su rica experiencia, Pino Santos, no importa en qué disciplina trabajara, llegó a tener una visión unitaria de la Ciencia y a comprender la compleja relación de ésta con la realidad, y por tanto de la teoría y la práctica.

Alonso Aguilar Monteverde

**No** muy lejos del edificio de la avenida Pennsylvania que los vecinos de la ciudad de Washington comienzan a llamar la Casa Blanca, se encuentra una residencia de discreta arquitectura y sólida construcción de ladrillos en la que, a altas horas de aquella otoñal noche de principios



del siglo XIX, puede verse el iluminado rectángulo de la ventana de una pieza o biblioteca donde —bajo la tenue luz de dos candelabros de plata que refulgen sobre el amplio escritorio— alguien está escribiendo.

Es un hombre de mediana edad, cuerpo lleno y al parecer no aventajada estatura, vestido a la europea, que como ha solido hacer —y hará— durante toda su vida, redacta una página de su Diario, la correspondiente al 30 de septiembre de 1822. He aquí lo que en este momento —con aquella cifra caligráfica que tanto esfuerzo costaría interpretar muchos años más tarde— acaba de escribir: “La cuestión de Cuba es la de más profunda importancia y mayor magnitud que se nos ha presentado desde la independencia”.<sup>1</sup>

Esas palabras son extraordinarias por varios motivos. De una parte, porque en el país (los Estados Unidos) y durante el casi medio siglo aludidos (1776-1822), habían ocurrido hechos tan trascendentales como la discusión y aprobación del régimen constitucional que establecía el más novedoso sistema republicano hasta entonces conocido; la polémica y luchas políticas sobre hacia dónde enrumbar los destinos de la nación: el hamiltoniano, que conducía a un dinámico desarrollo capitalista —aunque concebido con evidentes resabios antidemocráticos— o el jeffersoniano de una sociedad agraria más redistributiva, igualitaria y popular —pero pensada en términos obviamente utópicos—; la destructiva, sangrienta y después de todo inútil guerra desatada en 1812 contra la ex metrópoli británica; los primeros choques —por ahora de opinión— entre esclavistas y abolicionistas que décadas más tarde se ventilarían en otra guerra —más devastadora y además civil— decidiendo

\* Introducción del libro *De la isla estratégica al protectorado y la neocolonia* (Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004), que su autor, Óscar Pino Santos, no pudo ver publicado en vida. Sirva esta publicación que aquí realizamos como un homenaje póstumo al lúcido intelectual cubano, gran amigo de *Archipiélago*.

<sup>1</sup> Herminio Portell Vilá, *Historia de Cuba en sus relaciones con Estados Unidos y España*, Jesús Montero, La Habana, 1938, p. 214.



la unidad y sobrevivencia nacional, y tantos más acontecimientos decisivos en la historia norteamericana. No obstante, la “cuestión de Cuba”, la isla vecina bajo el dominio colonial español, era apreciada en las páginas de aquel Diario como más trascendental que todos ellos.

Y, por otro lado, quien se expresaba así era nada menos que John Quincy Adams (1767-1848), secretario de Estado en el gabinete del presidente Monroe, él mismo su sucesor después en la Casa Blanca, y ya entonces con una carrera que la posteridad reconocería como la más eminente en la historia diplomática de los Estados Unidos.

Adams —a quien se acredita la inspiración, cuando no la redacción de la Doctrina Monroe— ha sido tradicionalmente satanizado en la historiografía y el discurso antiimperialista cubanos por su autoría de la llamada “ley de gravitación política” o de la “fruta madura”, según la cual la Isla no tenía otro destino que el supuestamente inescapable de la anexión a los Estados Unidos. Y esto implicaba, mientras eso no ocurriera, el apoyo de estos a la soberanía sobre ella de España, la oposición decidida a que pasara a manos de otra potencia o, incluso, según se estableció más tarde, a que accediera a la independencia. Tales principios modelaron la política norteamericana hacia Cuba durante todo el siglo XIX.

Pero, ¿qué explica —aunque desde luego no justifique— esa política? ¿Era Cuba de tan suma importancia para los Estados Unidos en fecha tan temprana del primer cuarto del siglo XIX, como apuntó Adams en su Diario? Y, si lo era, ¿por qué? ¿Qué razones tenía Jefferson para que ya entonces quisiera anexársela? ¿Quién era verdaderamente Adams en términos de toda su larga trayectoria política y qué argumentos respaldaban sus planteamientos sobre la necesidad y aun inevitabilidad de que tal hecho ocurriera? Y, si están meridianamente claros los motivos que impulsaban a los esclavistas sureños durante cierto período para tratar de hacerse de Cuba por la compra o la fuerza —según insistían voceros suyos como John C. Calhoun o dirigentes en tan altas posiciones, incluida la presidencia, como James K. Polk y James

Buchanan—, ¿qué explicación tiene que personalidades antiesclavistas y típicamente representantes de los intereses capitalistas nortños —como el propio Adams, una de las personalidades más notables y progresistas del XIX norteamericano, así como Daniel Webster— militaran también en el campo de esa tendencia? Esas interrogantes —que en realidad, ni siquiera exponen tesis por completo novedosas, sino más bien desempolvan y profundizan algunas de larga data, pero al parecer olvidadas— son las que se intenta responder en el primer ensayo de esta obra: “La isla estratégica y la teoría de la anexión”.

Los dos ensayos siguientes tienen cierta relación entre sí. El primero se refiere al desarrollo económico de los Estados Unidos a fines del siglo XIX. Llama la atención que ese proceso —dado su carácter acelerado, logros y consecuencias históricas— no haya recibido mayor atención. Al iniciarse el último tercio de aquella centuria, apenas restañada la sangre de la Guerra de Secesión, era desde luego un país capitalista, pero aún con rezagos del período esclavista sureño, niveles bajos de crecimiento económico y altos de dependencia externa, relativamente atrasado y marginal en el concierto de las más avanzadas naciones europeas. Unos treinta años más tarde —en realidad, un pestañazo desde el punto de vista histórico— había alcanzado el rango de ser la mayor potencia mundial, capaz de desatar la primera guerra imperialista de los tiempos contemporáneos.

¿Cómo fue posible tal colosal transformación? En estos ensayos se alude a la disponibilidad de dos recursos determinantes: el inmenso territorio, generosamente bien dotado por la naturaleza, y el crecimiento demográfico, reforzado por cuantiosa corriente inmigratoria. Ambas ventajas pronto sintieron el empuje de tres revoluciones: la agraria, la del transporte y la industrial. Pero, aun tomando en cuenta la acción de cierto espíritu empresarial, que se desenvolvía en las favorables condiciones de un capitalismo cuyas potencialidades estaban todavía en gran medida por aprovecharse, hay facetas de aquel proceso que resulta necesario considerar. Pues, ¿qué papel desempeñaron la explotación de los trabajadores, el genocidio indígena, la conquista de territorios ajenos, la política partidista, la corrupción, el bandidaje, la violencia, y tantos otros factores actuantes en aquel escenario que en genial síntesis José Martí describió como el “norte revuelto y brutal”? Y sobre todo, ¿cómo fue impactando en Cuba toda esa evolución? Tal es el tema del ensayo titulado “El despegue de los Estados Unidos como potencia mundial”.

Los hechos expuestos en el ensayo anterior —que desenlazan en la guerra de los Estados Unidos contra España, la toma como botín de Puerto Rico y Filipinas y su establecimiento aquí en Cuba de un gobierno militar de intervención— se tradujeron en cierta tradición expositiva



Del banquete de tío Sam,  
Cuba es el primer platillo,  
luego México, y después . . . . .  
pués después un tabardillo.

Eso podrá suceder,  
si no es que se le atraganta  
tanta tierra, ó se le atora  
un hueso por la garganta.

tendiente a reducir los acontecimientos de 1898 al conflicto norteamericano-español, su muy conocido origen y bien evaluadas consecuencias. Pero cabe preguntarse si tal interpretación no resulta un tanto incorrecta por unilateral e insuficiente.

Lo cierto es que aquel 1898 estuvo preñado de muchos más acontecimientos y derivaciones históricas. Fue el año en que culmina la célebre “rebatija” por África, prácticamente prorrataada entre las potencias europeas en medio de agresivas pugnas, como la que por poco desencadena una guerra entre Inglaterra y Francia (Incidente de Fashoda), mientras, anegados en sangre, eran liquidados los últimos focos de rebeldía e independencia de los aborígenes de ese continente. En 1898, asimismo, las propias potencias europeas, luego de casi seis décadas de imposición de tratados desiguales a la decadente dinastía Qin, iniciaron una nueva y relampagueante fase de sus agresiones contra China, a la que ahora se repartían en “zonas de influencia” que redujeron aquella milenaria y otrora poderosa civilización a un status semicolonial. Cómo ocurrió todo esto es lo que se intenta referir en el ensayo titulado “La lucha por un nuevo reparto colonial del mundo”.

Los dos ensayos que siguen se dedican al tratamiento de un tema por ahora bastante controversial: la definición del carácter de aquella república en que vivimos los

cubanos entre 1902 y 1958. Desde hace unos cuantos años —aunque ciertamente, luego del triunfo de la Revolución— en el discurso oficial y el no oficial, los órganos de prensa y medios de difusión, libros de texto y enseñanza, desde la escolar hasta la superior, en todas partes y circunstancias, se califica a ese período como *neocolonial*.

Pero, ¿fue ello realmente así? Lo que era “aquella república”, si se hace un enfoque con rigor histórico, comprende dos períodos separados, cual línea divisoria de las aguas, por la Enmienda Platt. Mientras aquel ominoso apéndice constitucional estuvo vigente (1902-1934), la dependencia de nuestro país asumió —y de ello no puede caber la menor duda— un carácter que sólo puede definirse como el semicolonial de un *protectorado*. Ello se expresó no sólo como fenómeno de penetración y dominación económica, sino también en formas abiertas y a veces brutales de intervencionismo imperialista: desde escandalosas presiones diplomáticas hasta desembarco de *marines*, ocupación militar de territorio e incluso envío de un procónsul como Crowder.

A partir de la abrogación de la Enmienda Platt, la dependencia se mantuvo alrededor de un cuarto de siglo (1934-1958), pero asumió nuevas formas. La dominación económica se había completado en la fase plattista y el injerencismo político se mantuvo, pero con un carácter nada público, más bien solapado y sutil. Tal proceso culminó en la década del 50, cuando los nuevos mecanismos de intervención le permitieron al imperialismo dar el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952. Aquel madrugonazo se gestó y organizó tan discretamente desde la vecina potencia que aún hay quienes piensan que se trató de una iniciativa de Batista y no de una acción encubierta de la CIA —la primera, más importante y exitosa llevada a cabo por esa Agencia en América Latina.

La clasificación en bloque de toda la etapa republicana que corre entre 1902 y 1958 como “neocolonial”, impide apreciar debidamente cómo se produjo el fenómeno de acelerada dominación económica de Cuba por la vanguardia financiera de los capitalistas norteamericanos; atenúa los aspectos más desvergonzados de la actividad intervencionista del imperialismo; pero muy particularmente, tiende a desconocer el hecho histórico de que aquella aciaga época pudo ser superada porque la lucha heroica de nuestro pueblo hizo posible que en 1934 se abrogara la Enmienda Platt. Fue entonces que el país ingresó en una fase que pudiera caracterizarse con el neologismo antes citado. La argumentación y prueba de todo ello puede encontrarlas el lector en los dos ensayos con que finaliza esta obra: “La era del protectorado” y “Los tiempos de la neocolonia”.

Han pasado más de 150 años desde aquella noche otoñal cuando John Quincy Adams apuntaba en su Diario que “la

cuestión de Cuba” era la más importante hasta entonces enfrentada por los Estados Unidos. Sin embargo, no obstante los cambios ocurridos durante tan dilatado período de tiempo, las relaciones históricas entre ambos países continúan teniendo profunda significación y no sólo para ellos, sino como expresivo testimonio del comportamiento norteamericano con el resto del mundo y de los factores que lo han modelado. Durante esos casi dos siglos la actitud de los Estados Unidos hacia Cuba tuvo como rasgo esencial, primero lograr, y luego mantener, la Isla en condiciones de dependencia. A través del siglo XIX, ello se expresó en los esfuerzos por anexársela como un Estado. En el XX, sometiénola primero a un régimen de protectorado (1902-1934), luego neocolonial (1934-1958) y, tras la victoria de una revolución liberadora en 1959, intentando por todos los medios a su alcance retraerla a la subordinada situación anterior —con sus consecuencias económicas, políticas y sociales.

Los acontecimientos que se desencadenan en la aurora del XXI con el arribo a la Casa Blanca de un grupo de ultraderecha de claras tendencias neofascistas, protagonista de las guerras genocidas contra Yugoslavia, Afganistán y, cuando se escriben estas líneas, contra Irak, han ocurrido mientras se mantienen en remojo como próximas víctimas Siria, Irán y la propia Cuba. Sin embargo, dada su disponibilidad de armas con capacidad de destrucción masiva a escala planetaria, resulta obvio que la más grave amenaza se extiende ahora sobre toda la humanidad.

El que Cuba se encuentre hoy a la vanguardia en la denuncia y condena de ese peligro no es casual. La conducta que a lo largo de casi dos siglos han mantenido los Estados Unidos hacia la isla ha sido siempre en función de una variable determinante en toda su historia como potencia: el expansionismo. Y este es un dato que resulta imprescindible tomar en cuenta como trasfondo conformador del proceso de relaciones entre ambos países.

El expansionismo yanqui, en su aspecto territorial, se inició incluso antes de que las trece colonias de aquella angosta franja atlántica accedieran a la independencia, pero adquiriendo desde entonces el impulso que culminaría, a lo largo del siglo XIX, en la enorme extensión actual de 9,4 millones de km<sup>2</sup>. A través de esa evolución, los afanes por apropiarse, anexarse o de alguna manera dominar sobre la Isla, por cualquier medio, fueron casi constantes. Pero, al mismo tiempo, representaron la expresión concentrada de un proceso de extensión de fronteras llevado a cabo sin límites morales, jurídicos o de cualquier otra naturaleza. Millones de kilómetros cuadrados y estrellas añadidas a su bandera fueron el resultado de compras realizadas en las más ventajosas circunstancias (Luisiana), acuerdos a punta de rifle (Florida), presiones invasoras (Oregon), guerras de conquista (México) y, siempre, genocidios y despojo indígena.

Satisfechas las apetencias territoriales en el marco norteamericano —y tras aceptar luego de infructuosos esfuerzos la imposibilidad de también tragarse Canadá— nuevos intereses económicos y consideraciones geopolíticas proyectaron aquellas ambiciones hacia el exterior. En 1898 los Estados Unidos desatan la primera guerra imperialista de la era contemporánea y se extienden por ultramar con la intervención en Cuba y el botín colonial de Puerto Rico y Filipinas; y poco después, con la presencia de sus *marines* en el Caribe asaltando México, desembarcando una y otra vez en Cuba y ocupando por años Nicaragua, Haití y Santo Domingo. Las dos grandes conflagraciones del siglo XX consolidan su supremacía entre los países llamados occidentales, y el derrumbe de la única superpotencia capaz de mantener el equilibrio mundial de fuerzas le deja el campo libre para toda clase de imposiciones y agresiones —incluso marginando con insultante desprecio la comunidad internacional representada por la ONU.

Es así como los Estados Unidos han alcanzado un carácter hegemónico planetario que nadie pone en duda y ni siquiera otras potencias se sienten capaces de desafiar. Su poderío económico y superioridad militar se asientan en las condiciones de la fase de globalización del proceso histórico de internacionalización del capital, que le permiten penetrar y dominar sobre la base de sus recursos económicos, desarrollo científico-técnico y capacidad de difusión de ideas a través de un aparato mediático de alcance universal. Pero hay un dato a considerar: los imperios no son eternos. No lo fueron, en la antigüedad, el de los asirios, el persa de Ciro, Cambises y Darío, el relampagueante grecomacedonio de Alejandro, el devastador de Yenyis Kan y ni siquiera el poderoso y clásico romano, por no mencionar el medieval de Carlomagno, el español donde no se ponía el sol o, más contemporáneamente, el casi inmensurable británico —otro la única barrera opuesta al expansionismo norteamericano y hoy su tan servil como abyecto cómplice en aventuras guerreras.

Y aún otro dato a tomar en cuenta: Cuba, pese a las graves amenazas y provocaciones que se ciernen sobre ella, es imbatible. Casi dos siglos de experiencia en la vecindad geográfica de los Estados Unidos —por lo menos uno de ellos en lucha por la independencia— y más de cuatro décadas de triunfante sobrevivencia revolucionaria a pesar de una hostilidad expresada en bloqueo económico, terrorismo estatal o paraestatal y campañas de difamación, así lo prueban. La reimposición a Cuba de la condición neocolonial y el regreso a la de protectorado —sólo posiblemente imaginable por la ultraderecha norteamericana y su subsidiaria miamense— representan apuestas de antemano perdidas. Esos tiempos quedaron atrás para siempre. De ellos sólo quedan recuerdos, cuyo carácter aleccionador es lo que se intenta destacar. ■